



CARTA XI.

Antonio á Manuel.

S. Lázaro, 5 de Mayo de 1824.

Querido mío. Fuese imposible tomar la pluma en estos borrascosos días que han transcurrido desde la última que te dirigí, dándote una cuenta exacta de lo acaecido con motivo de la entrevista que, con tanto ahinco, pretendía tener el ya finado Juan Cruyés con Germán el sepulturero. Deseaba escribirte para comunicarte los extraordinarios sucesos que han sobrevenido de entonces acá; pero tiempo me ha faltado para ello, pues además de las fuertes impresiones que se han sucedido la una en pos de la otra, el cansancio y la fatiga materialmente no me han dado lugar para nada. Vas á asombrarte de lo que ocurre, querido mío, y

vas á reconocer en todo el dedo de Dios. Increíble me parecía que pudiesen combinarse así los sucesos de la vida. Los impíos que niegan el influjo de la Providencia en tales sucesos: los impíos que aparentan desconocer la admirable cadena que traba y enlaza el mundo físico con el mundo moral, deben quedar pasmados y confundidos, si es que sus discursos han sido sinceros y no abortos, como yo sospecho, de su apasionada malignidad ó de su torpe ignorancia. Ataré el hilo de mi actual relato al punto en que lo dejé pendiente en mi carta de 17 del pasado.

Estaba aún cerrándola con las otras que incluía para mi padre y Melchor, cuando el capellán azorado vino de nuevo á rogarme que sin pérdida de momento me trasladase junto al lecho de Juan Cruyés, pues según todas las apariencias estaba próximo á perder definitivamente el juicio, del cual apenas conservaba restos, si yo no acudía pronto á escuchar cuanto tenía que comunicarme.

—Vuele usted, hijo mío, añadió el sacerdote, vuele usted á librar á ese desventurado del abismo en que está próximo á caer. La situación de este hombre es terrible y desconsoladora: jamás se ha acercado al tribunal de la penitencia desde que se halla aquí. Mis esfuerzos han sido siempre vanos en tanto tiempo, porque á mis consejos amistosos, á mis

pláticas de paz y de amor, ha correspondido rechazando mis insinuaciones, de la manera más dura y brutal. ¡Pobre criatura! Disculpable era, porque ninguno es dueño de sobreponerse al funesto afecto que domina al verse acometido de esta enfermedad, que Dios envía para purgar nuestras faltas; y yo sé muy bien que se necesita de su gracia especial para conseguirlo. Pero al fin el doliente había accedido á mis ruegos, y la religión recobró su imperio en un corazón extrañado tal vez, pero no endurecido del todo. Sin embargo, quiso hablar con usted para comunicarle un asunto del cual dependía... ¡me estremezco!, su salud eterna; pero luego, usted lo ha visto, cayó en un delirio profundo... y no he podido aprovecharme de un solo momento. Hoy... su razón había vuelto, es verdad; pero va á perderla de nuevo, si usted no acude á impedirlo. Vamos, Antonio mío, vamos: si esta alma se perdiese... mi angustia sería inexplicable.

Afectóme demasiado la expresión con que el buen sacerdote manifestaba su dolor. Cuando hubo terminado su razonamiento, estaba yo listo para acompañarle hasta el lecho del moribundo. Regino, que había comprendido ya lo que ocurría, hallábase alarmado, figurándose que podrían asaltarme algunos peligros. Procuré tranquilizarle, y acudí á llenar mi

obligación cristiana al lado de Juan Cruzés.

Hallámosle agitado en espantosas convulsiones. En medio de ellas acertó á distinguirme; y con una voz de trueno, que penetró hasta la médula de mis huesos, y empleando las gesticulaciones más aterradoras me gritó:

— ¡Con qué se resiste á venir! ¡Rehusa verme en mi postrera agonía! Pues bien... yo maldigo una y mil veces á ese bruto... incapaz de pasiones nobles. ¡Vil y cobarde reptil! Muero en medio de los más desgarradores tormentos... desesperado... rabioso... sin esperanza de perdón ni de venganza... ¡Negar á un moribundo el único consuelo que en la tierra le quedaba! ¡Cerrar los oídos al grito desesperante del dolor más intenso! ¡Y este bárbaro se llama hombre! ¡Ah! Sientó de veras no haber estrujado á semejante infame, que diariamente estaba tan cerca de mí sin comprenderlo... Si yo hubiese dado oídos á las insinuaciones de mi corazón... Si no hubiese temido neciamente experimentar los estímulos de eso que llamáis conciencia... ¡vosotros, clérigos fatuos, que traficáis con la credulidad humana...! ese bruto no se burlaría hoy de mi dolor... y todo estaría terminado para siempre. No, padre, no. Yo bien me lo había figurado. Ese Dios de quien tanto me hablaba usted... es

una quimera: sólo existe en esa cabeza estúpida ó maligna. ¿Lo entiende usted? No me da la gana de creer en Dios...

Yo quedé petrificado de espanto al escuchar aquel lenguaje insensato, sembrado de tan estupendas blasfemias. El capellán, bañado en lágrimas, hacía suaves esfuerzos para mitigar el furor de aquel desventurado. Era ya un deber no sólo de humanidad, sino un deber estricto de conciencia, el consolar á aquel hombre, y volverle al buen sendero, del cual se había extraviado lamentablemente. Resolvíme á apurar mis fuerzas hasta lo último para conseguir aquel interesante objeto. Despojéme, pues, de aquella parte de mis vestidos que más me embarazaba, sentéme sobre el lecho, y sujeté los pies al enfermo, mientras que el sacerdote sostenía su cabeza volcanizada. En cada movimiento... en cada contorsión... rasgábanse las llagas que cubrían todo su cuerpo, exhalando un fetor que me causaba vértigos dolorosos. Los trozos de carne corrupta se desprendían entonces, y mis manos y brazos aparecían cubiertos de inmundicia y podredumbre. Quería yo hablar para explicarle el retardo de Germán de un modo que le dejase enteramente satisfecho; pero por mucho tiempo fué imposible toda explicación, porque el infeliz no daba tregua en sus arrebatos. No quiero, Manuel mío, repetir en

esta carta lo que yo escuché de aquella boca que, en tales momentos, era verdaderamente satánica. El capellán no hacía sino llorar hilo á hilo, y acariciar blandamente la cabeza de aquella indomable fiera, que se habría resistido al rigor y á los halagos. Ni una sola palabra aventuró en los repetidos arrebatos del doliente, porque aun no le parecía llegada la oportunidad. Era aquel un cuadro que difícilmente puede trazarse. El contraste que ofrecía la fisonomía angelical del sacerdote cristiano, vertiendo lágrimas de amor sobre las facciones destrozadas y feroces de un pecador endurecido, que cierra obstinadamente su corazón á todo consuelo religioso, y cubre de baldones é improperios á su bienhechor; todo esto es de un género verdaderamente sublime.

La misma violencia de la agitación que sufría Cruyés, hizo que sus fuerzas cediesen gradualmente... y, al fin, agotadas del todo, quedó reducido el paciente á un grado de postración profunda. Cruzó los brazos sobre el pecho... sus ojos quedaron fijos é inmóviles... y su respiración comenzó á ser fatigante. Sin embargo, el estertor que tan de cerca precede á la muerte, no daba señales de proximidad. A la postración física acompañaba evidentemente un abatimiento moral, que daba esperanza de hacer una crisis favo-

rable, aunque fuese momentánea. Lo que importaba era que recobrase la razón, hablase con nuestro amo Germán, y se dispusiese en seguida á emprender el largo viaje que todos debemos hacer. Después de todo esto, ¿para qué había de apeteecer una vida tan llena de amarguras y horror?

Aprovechóse el sacerdote de esa favorable coyuntura, y comenzó á dejar caer lentamente, y con la mayor circunspección, aquellas palabras de vida y de consuelo, aquel tesoro de infinito precio que encierra la santa Biblia. Al principio, parecía que el enfermo nada escuchaba, y que las frases todas eran perdidas. Mas la práctica de muchos años, una larga observación junto al lecho de los agonizantes, había enseñado mucho al venerable capellán, y conocía la oportunidad del auxilio, y todas las brechas que el hombre, en su lucha con la muerte, dejaba descubiertas. Juan Cruyés suspiró con alguna congoja. A medida que volvía á animarse, é iba recobrando sus potencias y la elasticidad de sus miembros, el capellán proseguía con más animación, derramando ya torrentes de luz y saludable consuelo sobre el corazón del enfermo. Pasado algún tiempo, cesó su inmovilidad, brillaron sus ojos, y arrasáronse de lágrimas. Luego murmuró con algún trabajo.

—Gracias.... padre mío. Dios conceda á usted el premio que merece por su filantropía y caridad ardiente. Reconozco en usted al ministro humilde del cristianismo. Padre mío.... venerable padre mío... perdón. Interceda usted con Dios, á fin de que también me perdone: ore usted.... por mí.

El capellán se aprovechó de aquella ocasión para ablandar de una vez aquel corazón empedernido. El furor había pasado, y vuelto el arrepentimiento que no habría sido en vano. El enfermo se dirigió entonces á mí.

—Caballero: ruégole igualmente que me perdone. Soy una criatura atribulada; y espero que un raptó de delirio no hará concebir á usted que tiene delante á un impío. ¡Ah, no! Soy un infeliz, y nada más.

—Lo sé, pobre amigo, lo sé. Si me hubiese usted dado tiempo de explicarme, se hubiera usted ahorrado de lo que acaba de sufrir tan intensamente. Germán vendrá, sin falta alguna.

—¡Ay! Y ¿por qué me ha retardado este consuelo, tan anhelado por mí? ¿No se ha mitigado su ira ni desarmado su furor? ¿No le ha movido á piedad la triste situación en que me encuentro? ¿No sabe que de un momento á otro se desplomará el mal apuntalado edificio de mi frágil existencia?

—Lo sabe, sí, de todo está enterado; pero ¿qué quiere usted?; también el pobre estaba enfermo, y en imposibilidad de acudir inmediatamente. Espero que hoy vendrá. Me lo ha ofrecido....

—Y sabe cumplir su palabra; añadió con alterada voz nuestro amo Germán, que de improviso, y sin hacerse anunciar, entró en la estancia del enfermo cuando no se le esperaba.

Todavía me tiemblan las carnes al recordar esta escena. Era ya de noche, y en el momento en que se presentó el sepulturero, estaba yo vuelto de espaldas, teniendo una candela bendita entre las manos, que me había alargado el capellán, mientras éste aumentaba dos almohadas á las que el enfermo tenía á su cabecera, para que estuviese con menos incomodidad. Las cortinillas de la cama estaban á medio correr, y cerca de allí, un pequeño brasero de barro despedía una densa nube de humo de romero, que llenaba todo el aposento y neutralizaba en algo el mal olor de aquel semi-cadáver.

El sepulturero avanzó hasta el borde de la cama, llevando las manos hacia atrás: alargó el cuello por entre las cortinillas: inclinóse sobre el rostro del moribundo, y estúvole contemplando largo tiempo sin hablar. La fisonomía de nuestro amo Germán era verdaderamente feo en aquellos instantes: una horrible

sonrisa vagaba por sus labios pálidos y amarotados: temblábale la barba, y sus pocos cabellos estaban erizados. El capellán y yo permanecíamos como petrificados en la misma actitud en que nos sorprendió aquella repentina aparición. Los ojos de Juan Cruyés se habían clavado fijamente en los del sepulturero: sus manos estrechaban un pequeño Crucifijo. Nuestro amo Germán rompió el silencio, sin mudar de actitud.

—¡Miserable! ¿Te llamas, por ventura Juan Cruyés?

El moribundo hizo un ligero movimiento de cabeza en ademán afirmativo.

—¡Juan Cruyés!, prosiguió el sepulturero. Sí... yo te habría reconocido por ese vestigio que llevas en la mejilla: ese vestigio que te señala como á Cain, y que la lepra misma no ha podido destruir, como ha destruído todo lo demás.

—¡Germán, amigo mío, duélete de mí! ¡Ten compasión de un pobre agonizante! Murmuró el doliente con hartó trabajo, y haciendo un poderoso esfuerzo.

—¡Chit!, exclamó el sepulturero. ¡Amigo! Yo soy ahora tu juez... y tu juez inexorable. Voy á juzgarte, á oír tus descargos... y á sentenciarte. ¿Lo entiendes?

Era imposible toda intervención mía ni del capellán en esta horrible escena:

nos limitamos á ser simples testigos de ella. Germán continuó.

—¡Malvado! ¿Te acuerdas de aquella tremenda noche del 7 de septiembre de 1807, cuando un heshecho huracán te lanzó sobre nuestras costas? Náufrago... pobre, enfermo y desvalido, te abrí las puertas de mi casa... te brindé con una hospitalidad generosa... te cuidé como un padre cuida á su propio hijo... te proporcioné recursos para buscar tu subsistencia... ¿Es todo esto verdad, Juan Cruyés?

—Sí, mi buen Germán.

—Yo puse en tí la confianza más ilimitada. Me dijiste que eras hombre de bien, y yo necio hube de creerlo con candor. ¿Y qué eras, qué habías sido? Un pirata infame... un bandido del mar avezado á todo linaje de crímenes. ¿Es verdad lo que yo digo, Juan Cruyés?

—Sí, mi querido Germán.

—Y ¿cómo pagaste mi amor, mi cariño, mi benévola hospitalidad? ¿Qué hiciste para corresponder á mi franca y generosa amistad? Una larga serie de infamias fué la recompensa. ¡¡Deshonraste á mi hija...!! ¿No es verdad?

—Sí, Germán.

—¡A mi pobre Gaspara, tan buena, tan virtuosa, tan inocente y tan amante de su tierno y afectuoso padre! La sedujiste inicuaamente... la deshonraste... la hi-

ciste perder lo que tiene de más precioso una pobre y débil mujer. ¡Ah! Juan Cruyés! Tú eres un demonio.

—Tienes razón, mi querido Germán.

—Y no contento con deshonrarla.... la difamaste por todas partes... la pusiste en ridículo, y todos la señalaban con el dedo, llamándola meretriz y mujer perdida... y después... con aquellos horribles brebajes.... aquellos infernales abortivos. ¡Ah, cobarde! la asesinaste vil y bárbaramente. ¿No es cierto, Juan Cruyés?

—Sí, Germán, todo eso es cierto.

—Y cuando yo estaba inocente de todo teniendo una fe vivísima en tu amistad, te marchaste de repente, llevándote cuanto poseíamos, todo lo que había podido economizar en mi trabajo de tantos años, dejando sumida en la miseria á una honrada familia, que tan generosamente te había acogido en su seno. ¡Me robaste, Juan Cruyés, me robaste lo poco que yo poseía para alimentar á mis pobres hijos, que ningún mal te habían hecho!!

—Lo confieso, Germán.

—Y por qué asesinaste á mi hija, después de haberla deshonrado, y por qué me robaste mi corto haber, dejándonos sumidos en la miseria... mi pobre mujer y su pequeño hijo de pechos... y mis otras dos hijas, ¡sucumbieron todos en año y medio solamente!!

—Sí, bueno y honrado Germán: yo soy responsable ante Dios de todas esas desgracias.

—Y no satisfecha tu rabia.... tu inaudita ferocidad... me arrebataste al único hijo que me quedaba... le inculcaste tus horrendas máximas... le guiaste por la senda del crimen, é hiciste de él otro pirata tan infame y tan malvado como tú.

—Es verdad.

—Y por último, me preparaste el camino para esta vejez triste y sombría, que tengo que ocultar á la vista de los hombres, aparentando gozo y contento, cuando sufro tanto por tu perfidia y malignidad. Siempre por tí, paso las noches llorando: por tí, me veo casi mendigando el sustento diario... porque bienes... honra, felicidad... ¡Todo me lo arrebataste de una vez, mal hombre!

—Sí, todo eso es verdad.

—Y bien, ¿cuál es tu disculpa?

—Yo no tengo disculpa, Germán: sólo imploro tu perdón para morir tranquilo.

—¡Morir tranquilo! ¿Cómo quieres, monstruo, morir tranquilo, hallándote manchado con tantos y tan horrendos crímenes? ¿Cómo es posible que con mi simple perdón te creas dispuesto á comparecer en la presencia de un Dios justiciero? ¿Ni cómo has de creer tú en Dios, estando dado de su mano? No: es preciso que mueras, y que mueras bajo

los golpes de aquel á quien más ofensas hayas causado.

—¡Germán... mi querido Germán! El dolor te extravía: los funestos recuerdos que mi presencia excita en tu ánimo, te hacen olvidarte de que tienes buen corazón. Mátame enhorabuena... si crees que con mi muerte quedarás contento y satisfecho... Mas perdóname antes... dame tiempo para que me arroje á los pies de este santo sacerdote... le confiese otras culpas no menos feas y horribles que todas las que acabas de revelar... y consiga así el perdón, que fervientemente imploro de la misericordia del Señor...

—¡Y es posible que el crimen siempre ha de triunfar!

—¡Triunfar! ¡Qué llamas triunfar, mi querido Germán...? ¿No ves mi cuerpo dilacerado...? ¿No sientes ese pestilente olor que exhalan las llagas de que estoy cubierto de pies á cabeza? ¿No consideras que soy un pobre leproso... encerrado aquí hace seis años, sufriendo un martirio... cuya intensidad jamás podrá expresarse? ¡Triunfar el crimen...! ¡Y no concibes cuáles habrán sido mis remordimientos... esos agudos remordimientos... que despedazan... que taldran... que desgarran el corazón... fibra por fibra... hasta desmenuzarlo...? ¡Triunfar el crimen! Tú ignoras lo que es un remordimiento... intenso... te-

naz... cruel y que mina... paulatinamente... el principio de la vida. Lo ignoras, querido Germán, porque tú eres muy bueno y honrado... y jamás has caído en ningún crimen vergonzoso. ¿Triunfar el crimen? El crimen jamás triunfa... aunque otra cosa te digan las apariencias... yo lo juro. Mira, Germán...: sólo yo sé cuánto te he ofendido... Pues bien: estás vengado superabundantemente... creeme... ¡Estás vengado!

—Y bien: ¿qué quieres de mí? Para qué has mandado provocarme? ¿Querías vengarte á tu vez... de esos remordimientos... obligándome á manchar mis manos con tu sangre inmundada... á recibir tu pestilente aliento...? ¿Querías también hacerme criminal... para que aun después de muerto... tuviese siempre por delante... la fatal sombra de mi enemigo?... Habla... ¿qué pretendes de mí?

—Te lo he dicho ya, mi buen Germán. Que me perdones... mi generoso amigo... que me perdones por el amor de Dios...

Enderezóse el sepulturero con lentitud, dejó caer un puñal que ocultaba, cruzó los brazos sobre el pecho, cerró los ojos, y por más de tres minutos permaneció en silencioso recogimiento, agitando los labios ligeramente, como si mur-

murase algunas palabras misteriosas. En seguida abrió los ojos arrasados en lágrimas... extendió los brazos... y arrojóse en los del moribundo, gritando:

—Si... yo te perdono en nombre de mi esposa y de mis hijos... yo te perdono con todo mi corazón, por amor de Dios. Espero en él que te verá con misericordia.

En aquel rápido instante, arrodillóse el capellán elevando al cielo una plegaria... la candela bendita se desprendió de sus manos apagándose al caer... y se desvaneció el cuadro como una visión fantástica. Yo nada veía ni oía.

Pasado algún tiempo, el capellán, que había salido, entró de nuevo trayendo en la mano una luz, con la cual volvió á iluminarse aquel cuadro. Juan Cruyés y el sepulturero permanecían estrechamente abrazados y llorando con amargura. El cristianismo, sí, sólo el cristianismo puede producir tan extraño cambio en los sentimientos y afectos de un hombre. ¡Qué sublime es aquel "diligite inimicos," que el Salvador del mundo sancionó con su propio sacrificio! Digan lo que quieran los sofistas... y los impíos... me glorío en repetirlo, sólo el cristianismo es capaz de una revolución moral tan admirable. Con razón exclamaba el más sabio y profundo de los jurisconsultos filósofos, Montesquieu: "¡Cosa admirable!

la religión cristiana, que no parece tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, hace además en esta nuestra felicidad."

El sepulturero sentóse en un pequeño banco junto al lecho de Cruyés, apoyó ambos codos en las rodillas, y ocultó el afligido rostro entre sus manos duras y callosas. El moribundo besó devotamente el santo Crucifijo, y quedó largo tiempo en reposo. Volví á encender la candela bendita, y el capellán se arrodilló á la cabecera del enfermo, rezando los siete salmos penitenciales. Después de media hora larga de hallarnos en esta actitud, nos suplicó Cruyés que lo dejásemos solo con Germán, é hicimoslo así. Mientras conferenciaban en voz baja, el capellán y yo nos paseábamos, sin hablar una sola palabra, á lo largo de la galería del poniente, que es allí en donde está situado el aposento en que pasaron estos extraños sucesos. Era ya cerca de media noche, y todo el hospital estaba sumergido en densas tinieblas y en profundo silencio, interrumpido no más por el murmurio de las olas, que besaban ligeramente el arenal de la playa cercana.

Yo no cesaba de admirarme al observar los rasgos de semejanza entre la mala condición de este Juan Cruyés y el otro que tú sabes. Nunca había yo escuchado semejante nombre en el hospital,

pues aquel desventurado habíase mudado el suyo propio por el nombre de Félix Zamudio con que era conocido en el establecimiento. ¡Dios mío! Esa identidad no puede menos que significar algo... porque esto lo miro yo como providencial. No comprendo este misterio... y tal vez ni quisiera comprenderlo. Mi imaginación estaba herida: mis recuerdos habían despertado vivamente... y era yo presa de los más extraños y encontrados pensamientos. Como á la una y media salió nuestro amo Germán, y con tono solemne dijo al sacerdote:

—Ya puede usted entrar á cumplir con su santo ministerio. Juan espera á usted para confesarse y recibir la extremaunción.

Entró el capellán, y yo insté al sepulturero á que viniese á descansar á mi aposento.

—¡Cómo!, exclamó. ¿He de abandonar á mi pobre amigo en sus últimos momentos? Puede ofrecerse alguna cosa, y debo estar cerca.

—Me congratulo con usted, mi buen Germán, por el término de este asunto. Usted ha hecho una obra sublime y altamente meritoria. El cielo recompensé á usted tan buena acción.

Apretóme la mano con la mayor cordialidad y ternura, y retiréme á mi aposento, porque me lo suplicó vivamente.

Ni un instante pude dormir: lo que había ocurrido en la noche me afectó demasiado, para haber logrado tranquilizarme tan pronto. Volví á las cuatro: el capellán y el sepulturero estaban auxiliando en sus últimos momentos á Juan Cruyés, quien espiró á las cinco menos cuarto con mucha tranquilidad. ¡Dios lo haya perdonado!

Apenas exhaló el último aliento vital, arrodillóse Germán junto al lecho mortuario, lloró amargamente, y besó la frente del cadáver.

—¡Pobre amigo mío! decía. ¡Cuán desfigurado te dejaron el dolor, las penas del corazón y... la funesta enfermedad que te ha matado...! ¡Dios eterno... en este momento en que le juzgas, acuérdate, Señor, que le he perdonado...!

Esta escena me partió el corazón. Quisimos separar de aquel sitio funesto al buen anciano, mas él se resistió diciéndonos que él era el único amigo del finado, y que á él le correspondía prestarle los últimos oficios. En efecto, permaneció allí hasta que el cadáver salió para el cementerio, á donde le fué imposible acompañarlo. El infeliz aún no estaba bueno cuando vino al hospital: la fiebre subió al más alto grado, y fué preciso hacerle tomar cama. Llevósele consigo el capellán á su vivienda, y allí ha estado gravísimo, en términos de temerse por su vi-